



NUESTRA IDENTIDAD SOCIALISTA

PRESENTACION.

Los cuatro años de gobierno del Presidente Aylwin significaron un importante período de nuestra historia, durante el cual la tarea principal fue la recuperación democrática y el esfuerzo por una redistribución más justa de la riqueza nacional.

En esta labor, el Partido Socialista de Chile colaboró leal y permanentemente con el gobierno de la Concertación transformándose en un actor importante del que hacer político nacional.

Hoy día, el presidente Eduardo Frei, elegido con una de las más altas mayorías históricas de este país, comparte las tareas del segundo Gobierno de la Concertación con un parlamento donde los socialistas, además de elegir 15 diputados y 4 senadores, elevamos porcentualmente nuestra votación acercándonos a los niveles que históricamente hemos tenido.

En este contexto histórico, el Partido Socialista ha iniciado un profundo proceso de reflexión colectiva, cuyo producto será el diseño y presentación de un proyecto socialista, que sea capaz de ser asumido por la mayoría social de este país. Esta reflexión debe abordar con rigor extremo los problemas teóricos y prácticos que han surgido de las nuevas realidades tanto nacionales como internacionales durante los últimos años.

En este documento, proponemos analizar tres conjuntos de problemas que, a nuestro juicio, debemos enfrentar y buscar respuestas a la brevedad, con el fin de tener un marco conceptual lo más preciso que sea posible para la construcción del proyecto socialista.

Tres son, a nuestro juicio, esos conjuntos de problemas. Uno, el relativo desperfilamiento socialista, dos, la puesta a punto de nuestros instrumentos de análisis y tres, la definición de los elementos esenciales del proyecto socialista.

EL DESPERFILAMIENTO DEL P.S.

Aunque los hechos políticos que hemos vivido durante los últimos años se han enfrentado de manera acertada la mayoría de las veces, en cuanto a que los resultados obtenidos han sido beneficiosos para el asentamiento del proceso de recuperación democrática, el P.S. no ha ganado los espacios políticos sociales que legítimamente le corresponden como representante de la izquierda de la Concertación.

Una de las causas de esta situación es, a nuestro juicio, del ~~desperfilamiento~~ desperfilamiento del Partido, lo que ha traído como consecuencia una suerte de percepción del P.S., por la sociedad, como un partido más de la Concertación, que no se diferencia mayormente de los demás miembros de la coalición.

Podemos identificar a lo menos tres, razones importantes para este desperfilamiento.

La primera tiene que ver con la percepción que cada socialista ha tenido del tremendo fracaso de la Unidad Popular.

Pese a no haber transcurrido suficiente tiempo histórico para analizar causas y consecuencias de ese fracaso, y que el contexto histórico actual no tiene nada que ver con el existente hace veinte años, es necesario darse un tiempo para esta reflexión, a lo menos para hacer comprender a muchos socialistas que ya han sacado sus conclusiones en una u otra dirección, de apoyo incondicional o de rechazo, que es necesario superar esta contradicción de modo dialéctico, puesto que la no superación es importante causa tanto de la profunda anomia existente en el partido, que ve reducida su militancia activa a niveles mínimos, como del rechazo al debate político, instrumento que ha sido fundamental en la historia del partido.

La segunda razón del desperfilamiento tiene que ver con el hecho que el primer gobierno de la Concertación, y al parecer tampoco el segundo, pese a sus esfuerzos, no han sido capaces de resolver problemas políticos que son muy caros a los socialistas y a una gran mayoría ciudadana, como por ejemplo, los desaparecidos, el rol de Pinochet y las FFAA, etc., como tampoco son capaces de integrar en su discurso las nuevas demandas sociales (ecología, feminismo, divorcio y otras).

Dada la actual ^{vía} conciliación de fuerzas sociales expresadas en el parlamento, vemos todavía difícil la solución a estos problemas, salvo que iniciemos un profundo y constante trabajo de acumulación de fuerza vía la estructuración y el robustecimiento del tejido social.

La tercera, y a nuestro juicio, más importante razón del desperfilamiento, es la enorme confusión ideológica existente hoy día en amplios sectores del socialismo chileno y de la izquierda en general, todo lo cual se proyecta hacia los ciudadanos en discursos contradictorios, muy generales y a veces escorados hacia la derecha.

Existe consenso en el P.S. que históricamente tres son las grandes corrientes ideológicas humanistas que en Chile han influido profundamente en la conciencia de los trabajadores: la cristiana, la laica y la marxista. Cada corriente ha encausado su accionar social y político en diferentes partidos, que han hecho proselitismo en favor de sus postulados con el fin legítimo de alcanzar el poder y, desde el gobierno, concretar los programas ofrecidos para elevar la calidad de vida de los chilenos.

El Partido Socialista de Chile, desde su fundación, ha luchado por cambiar las estructuras económicas, sociales y culturales del capitalismo para alcanzar el socialismo, entendido éste como la visión humanista, es decir, centrados en la persona, que lucha por la justicia, libertad, solidaridad y plena emancipación del ser humano. En definitiva, su objetivo es la liquidación de todo tipo de explotación y dominio del hombre por el hombre.

* Superar dialécticamente las contradicciones económicas y sociales del sistema capitalista, que de modo permanente generan desigualdad, dominación de unos sobre otros, explotación y alienación de la mayoría de la sociedad.

* Crear nuevos instrumentos y estructuras que permitan la socialización del poder, la gestión democrática y la participación en la toma de decisiones.

* Generar condiciones materiales, sociales y culturales favorables a los estratos, capas y clases sociales desprotegidas, que permitan impulsar y desarrollar los principios socialistas.

Esta lucha siempre se ha entendido como un proceso, en el cual no existen concepciones únicas del socialismo, ni mucho menos dogmas ni verdades absolutas, en donde la mayoría social expresa democráticamente su voluntad de alcanzar nuevas formas de gobierno para realizar los cambios del sistema capitalista.

El instrumento de análisis que ha utilizado históricamente el Partido Socialista es el marxismo, entendido éste, como un método de interpretación de la realidad, enriquecido por el desarrollo científico y técnico del constante devenir social y por el aporte del pensamiento y la acción de las corrientes cristianas y laicas a la lucha por el socialismo, consolidando así una fuerza pluralista transformadora profunda de la sociedad.

Sin embargo, el derrumbe del llamado "socialismo real" ha provocado una inmensa polvareda que a muchos compañeros ha nublado su percepción de la realidad, llevándoles incluso a asumir de modo acrítico el discurso capitalista (incluidas sus prácticas concretas), en el seno del Partido, como por ejemplo conductas tecnoburocráticas para la solución de problemas políticos; entusiasmo por el "partido transversal" con lo cual se transforma el debate ideológico en luchas de poder personal; confusión entre consenso y ascenso; decisiones cupulares, etc.

Esta dinámica es extraordinariamente peligrosa, tal como hoy lo saben los partidos socialistas de Italia, Francia, España e incluso de nuestro entorno latinoamericano, quienes viven una profunda crisis de identidad.

A nuestro juicio, la crisis mencionada, que también se refleja en el P.S. de Chile, tiene al menos dos razones.

La primera es el ya señalado derrumbe del socialismo real.

En efecto, uno de los factores más importantes del siglo XX y que de una u otra manera condicionó el desarrollo de los conflictos mundiales, fueran éstos políticos, económicos o militares, fué la lucha permanente entre el sistema socialista encabezado por la ex-Unión Soviética y el capitalista liderado por los EEUU.

Ninguno de los hechos políticos de mayor trascendencia de este siglo puede ser explicado sin referirse a esta lucha bipolar y, respecto de los planteamientos ideológicos, todos los partidos políticos se han abanderizado, de una u otra forma, con las propuestas de alguna de las dos superpotencias.

En cuanto al socialismo que expresaba la URSS y los países de sus áreas geográficas de influencia, fueron los partidos comunistas en general los adherentes incondicionales a la teoría y la práctica expresada por los gobiernos de esos países, asumiendo una actitud acrítica y de apoyo permanente a cualquier gesto o acción política de esos gobernantes.

En el caso de Chile, los encuentros y desencuentros entre nuestro partido y el partido comunista han sido históricos, entre otros motivos, por nuestras discrepancias profundas con los métodos de dirección burocrática utilizada en el socialismo real para resolver los problemas sociales, económicos, políticos o culturales.

No está demás recordar aquí situaciones concretas de discrepancias que mantuvimos con los comunistas, en especial en lo que se refería a decisiones que afectaban la libertad, la autonomía y el derecho de los pueblos a elegir sus propios caminos. Léase, por ejemplo, la tajante condena a la invasión de Checoslovaquia por la URSS, expresada por el CC del Partido apenas producida ésta.

A pesar de estas situaciones, el P.S. de Chile reconocía en el mundo del socialismo real determinados elementos que servían como punto de referencia en la construcción de su propia teoría y práctica políticas, las que tuvieron su máximo acercamiento durante la U.P.

La segunda razón de la crisis de identidad del socialismo chileno tiene directa relación con la profunda crisis que vive el marxismo, la cual, a su vez, tiene que ver con la poca capacidad de los propios marxistas para integrar en el cuerpo teórico doctrinario, todos los extraordinarios avances del conocimiento científico alcanzados hasta la fecha, que obligan a rediscutir algunos de los planteamientos de Marx, manteniendo algunos fundamentales y construyendo otros conforme a los nuevos conocimientos.

Es precisamente en esta acción, rediscusión/construcción, donde debemos entrar con el máximo rigor y seriedad posible, con el fin de no excluir elementos fundamentales que tienen que ver con nuestra historia socialista y con la validez que ellos mantienen, pero tampoco atándonos de manera dogmática en la defensa de otros claramente obsoletos.

¿Qué mantener y qué dejar? es la pregunta clave a la que tenemos que dar respuestas. En todo caso lo incorrecto es rechazar todo, como hacen algunos compañeros, en función de una renovación "modernizadora", o defender todo, como hacen otros, en función de lógicas cristalizadas en el pasado.

Quienes elaboran doctrina política, estructuran su teoría y acción en base a lógicas de pensamientos que no surgen en el aire. Ellas son productos históricos estrechamente relacionados con el lugar y época en que se vive, es lo que enunció con meridiana claridad Marx, y que debemos aplicar a él y sus seguidores.

Durante el siglo XIX y muy avanzado el siglo XX, la ciencia compartimentalizó el conocimiento; percibió el tiempo como una flecha que viaja en dirección pasado, presente,

futuro, desarrollando lógicas deterministas; tuvo fe en que el avance del conocimiento sólo trae beneficios; creyó que la naturaleza era simple en sus leyes y podría ser aprehendida sólo con tenacidad y esfuerzo.

Todo esto hizo natural el concebir proyectos políticos globalizantes, excluyentes, deterministas y universales, transformándolos en cosmovisiones.

Para Marx la ciencia aportaba la certeza, con lo cual era posible dar respuestas, si no inmediatas, a lo menos en el largo plazo, a interrogantes filosóficos muy importantes a nivel del individuo. También mediante la ciencia era posible desentrañar leyes del porvenir y deducir, por ejemplo, que la historia se desarrollaría racionalmente. Y, en este desarrollo era posible asegurar que el proletariado tenía una misión histórica: construir una sociedad sin clases y un mundo fraternal.

Todo este planteamiento era absolutamente coherente con las lógicas que dominaban el pensamiento científico del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

NECESIDAD DE UNA PUESTA A PUNTO DE NUESTROS INSTRUMENTOS DE ANALISIS.

Hoy sabemos que la ciencia no aporta certeza totales sino parciales. Que la materia no es la primera realidad del universo, sino sólo uno de los aspectos de una realidad física que es polimórfica. Que el universo no es determinista, por lo cual no se pueden extrapolar al infinito las leyes descubiertas. Que el hombre es complejo, múltiple, apasionado, creador, y lleva en sí un universo de sueños, fantasías, alegrías, temores y fantasmas. Que los individuos cuando se juntan con otros, formando grupos, etnias o estratos, cambian sus comportamientos personales transformándolos en grupales, con dinámicas de comportamiento distintas. Que el tiempo no es unidireccional y que cada universo complejo está formado por una pluralidad de tiempos, que se conectan unos con otros según articulaciones múltiples. Que es preciso, tanto a nivel micro como microscópico, utilizar lógicas aleatorias, reconociendo comportamientos imprevisibles en los individuos, en los grupos y en los sistemas, sobretodo en los denominados "estables".

En otras palabras, hoy debemos entender la ciencia como algo que nos da probabilidades de los hechos, no certezas; aproximaciones sucesivas a los fenómenos que intentamos aprehender y no totalidades.

En este sentido la dialéctica de las contradicciones, aportación fundamental del marxismo y que sigue vigente, nos obliga a repensar los fenómenos sociales desde las nuevas perspectivas teóricas, estudiando por ejemplo no sólo los polos de las contradicciones, sino también fijando la atención en las relaciones que se establecen, cual es su historia, y de qué modo influyen en la transformación de las contradicciones en nuevas contradicciones.

Por otra parte, a la visión puramente clasista de organización y dinamización social, hay que pasar a otra más amplia, que, integrando esa visión, sea capaz también de añadir por una parte, la complejidad y universalidad del ser humano, sus fantasías, temores, ilusiones, mitos y

realidades, lo plural de sus visiones ideológicas e intereses como también las complejidades que se generan en el seno o entre los grupos, etnias o estratos sociales. Aquí debemos decir que esto último fué genialmente también percibida por Marx. Sin embargo, la necesidad de los dirigentes bolcheviques rusos de acelerar al máximo los procesos de transformación revolucionaria de su atrasada y acosada sociedad, equivocadamente, como lo ha demostrado la historia, les hizo dejar fuera la dimensión del individuo en esta clase de procesos.

Otra de las contribuciones esenciales de Carlos Marx y que, curiosamente, muchos hoy olvidan, es su crítica a la ideología, lo cual constituye hoy la base de una disciplina muy importante: la sociología del conocimiento, es decir, el estudio de las condiciones sociales en las que se producen los fenómenos ideológicos y el análisis crítico de los intereses de clase o de grupo que subyacen en la formulación de ideologías y cosmovisiones políticas, religiosas, sociales, culturales, etc. En este contexto es significativo el rechazo que algunos dirigentes socialistas han hecho del marxismo, sin darse cuenta, quizás por ignorancia, que con sus afirmaciones están demostrando de manera modélica la exactitud de la tesis básica del materialismo histórico: a todo cambio radical de la base económica de la sociedad, sucede un cambio inevitable de la superestructura, en la cual la ideología es un componente central.

Nuestro planteamiento, por el contrario, es que debemos responder a los cambios planteándonos como exigencia previa una profunda reflexión, reelaborando nuestro cuerpo teórico para que sea capaz de aprehender las múltiples dimensiones de la realidad actual, para identificar las relaciones que se establecen entre los hombres reconociendo sus interacciones; para enfrentar lo complejo de la sociedad, sin buscar salidas fáciles como son las soluciones tecnocráticas (que normalmente son ciegas a todo lo que no es cuantificable o curva estadística, y son ciegas a complejidades del ser humano), en suma, para construir entre todos los que se sienten socialistas, nuestro proyecto futuro.

Seguimos y seguiremos reivindicando la utopía socialista y su legitimidad, en tanto en cuanto el capitalismo no ha resuelto, ni resuelve ninguno de los problemas fundamentales que enfrenta la sociedad.

Dentro de la complejidad de los seres humanos está su capacidad para imaginar utopías y, sobre todo, adecuar sus comportamientos cotidianos a la utopía que tienen en sus cabezas. Lo que sí exigimos los socialistas es que, además de la utopía, exista también una ética, como marco de referencia de lo que es o no es posible hacer en cada paso de acercamiento/alejamiento a la utopía.

También es necesario tener presente ~~que~~ que para definir los caminos posibles para acercarse a una utopía común, hay que reconocer el hecho que los fenómenos sociales responden a diferentes determinaciones, que la historia futura es aleatoria, presentándose a veces bifurcaciones inesperadas y que la acción de gobernar es el arte y la ciencia de dirigirse hacia, en condiciones inciertas que puedan llegar a ser dramáticas, puesto que muchas veces sucede que los actos de los dirigentes escapan a sus intenciones, para entrar en el juego de las interacciones, desencadenando así lo contrario del efecto deseado. Es lo que en la politología moderna se denominan "efectos perversos de decisiones puntualmente correctas".

Sin embargo, lo aleatorio, la incertidumbre, no es absoluta. Existen hoy numerosas islas de certidumbres, producto del desarrollo y avance del conocimiento humano y de su historia, cuya sumatoria constituye el sólido archipiélago de certezas históricas, suficientes como para reafirmar nuestro compromiso con un socialismo liberador, solidario, creador, autónomo y Latinoamericanista, como ha sido históricamente el socialismo chileno.

LOS ELEMENTOS ESENCIALES DEL PROYECTO SOCIALISTA.

El planteamiento original del socialismo era humanista, en cuanto concernía al hombre y su entorno; internacional, porque la existencia de explotadores/explotados era mundial; ético, en cuanto a su concepción respecto de la necesidad de eliminar la dominación de unos sobre otros.

En el socialismo chileno, además se añadía su carácter de latinoamericanista y autónomo.

Planteamos que se puede y se debe insistir en estas fuentes originales, modificando las estrategias en función de nuestros actuales conocimientos, y de las nuevas realidades económicas, sociales y políticas de Chile y del mundo.

La experiencia del "socialismo real" demuestra que no basta con expulsar una clase dominante y apoderarse colectivamente de los medios de producción para que el ser humano salga de la dominación y de la explotación. Las relaciones de dominación y explotación tienen raíces profundas y complejas y, para atacarlas, son necesarias otras reflexiones, otras metodologías y otras estrategias que, integrando la historia y cultura del pasado, proponga nuevas soluciones. Quizás sea necesario renunciar al mejor de los mundos, pero, nunca a un mundo mejor.

¿Es posible desarrollar, en esta perspectiva, política que se propongan como objetivos el asumir y construir procesos de humanización de la sociedad, en el sentido que hemos propuesto antes?

Cinco son los ejes centrales en la reelaboración del proyecto socialista que deberíamos tomar en cuenta.

1. El primer eje se refiere a las lógicas que subyacen en los planteamientos de organización social.

De lo descubierto en los últimos años, el ser humano construye sus modelos de organización según sus posibilidades cerebrales, su historia concreta y el entorno en que vive. De estos factores, sólo se han tomado en consideración los dos últimos. Del primero, el que se refiere al funcionamiento del cerebro humano, sólo a partir de la década de los ochenta la ciencia se empieza a preocupar, con resultados muy importantes. Así por ejemplo, hoy es posible afirmar que las posibilidades de nuevas formas de organización social están en relación directa con las

posibilidades cerebrales, por lo cual nadie puede asegurar tajantemente que nuestras sociedades han agotado todas las posibilidades de orden/desorden/organización, ni mucho menos nadie puede asegurar que ya agotaron todas las posibilidades de mejoramiento y de transformaciones y que ya se ha llegado al fin de la historia, porque, de hecho, no usamos más del 20% de nuestras capacidades cerebrales.

En este contexto del conocimiento humano, uno de los ejes fundamentales del proyecto socialista debe ser la universalización del conocimiento científico y tecnológico, de la cultura y de la capacidad de creación.

Sólo de este modo podremos evitar lo que ya se percibe en el horizonte: la aparición de una nueva clase dominante, formada por quienes dominan la ciencia, la tecnología, la cultura y los sistemas de circulación y divulgación de mensajes, y la aparición de una nueva clase dominada: la de los analfabetos científicos/tecnológicos/culturales, y que tampoco son dueños de los sistemas mencionados.

Es preciso, entonces luchar de modo permanente por la democratización creciente de la enseñanza, por la elevación constante de su calidad y por el control democrático de la información.

Pero esto no basta.

Cuando nos referimos a las capacidades cerebrales, estamos también apuntando a una realidad social concreta: quienes se alimentan correctamente desde el momento de su gestación y viven en condiciones adecuadas desde antes que nacen, desarrollarán mejor tales capacidades.

Esto significa que la sociedad a la que aspiramos es también una sociedad que pueda garantizar a madres y niños tales condiciones esenciales.

En otras palabras, el discurso sobre la educación debemos insistir que no puede aislarse de la propuesta de organización de la sociedad.

2. El segundo eje central del proyecto socialista tiene que ver con la participación en la toma de decisiones.

Hoy sabemos que el conocimiento científico aporta certezas parciales y que toda teoría científica puede ser rediscutida y reelaborada. Que hoy problemas fundamentales, como por ejemplo, la creación de nuestro sistema planetario o la aparición de la vida organizada, respecto de los cuales el actual conocimiento científico desemboca en incertidumbres insondables.

Se sabe también que en las estructuras vivas organizadas (y la sociedad humana lo es) existen intrincados sistemas de organización lo que actualmente se conoce con el concepto de "auto organización", propiedad innata de los sistemas organizados, hace poco tiempo descubierta.

Todo lo anterior introduce un alto nivel de incertezas en la toma de decisiones que inciden en lo social, como son las decisiones de gobierno. Muchas veces, una decisión de éstas, tomada

correctamente desde el punto de vista social, económico, político o cultural, genera a la larga efectos perversos, no pensados ni imaginados por nadie. Los subsidios económicos para paliar determinadas carencias de las personas, es un buen ejemplo de este tipo de situaciones.

Todo esto, llevado al plano político significa que ningún dirigente o cúpula cerrada de dirigentes tienen o pueden tener la certeza de sus decisiones. Ni siquiera con la asesoría de un entorno de tecnoburócratas, por muy eficaces que ellos sean. Las decisiones deben ser discutidas con la máxima participación posible, desde múltiples visiones disciplinares, en el marco que se denomina bioético, que consiste no en la sumatoria de opiniones para que finalmente alguien decida, sino en que cada participante de la discusión intenta, dentro de lo posible, asumir e integrar en su propia percepción de la realidad los argumentos, puntos de vista y conocimientos del otro, para que así, mediante un esfuerzo constante de asimilación y reelaboración se construya el consenso.

El principio bioético para la toma de decisiones también pertenece a la cultura histórica del socialismo chileno, que siempre rechazó los métodos burocráticos de conducción política, causante, entre otros factores del derrumbe de la ex URSS.

3. El tercer eje central del proyecto socialista tiene que ver con las capacidades que se tengan para, a partir del archipiélago de certidumbres que hoy tenemos en el mar de la incerteza, poder construir certezas de futuro. Y esto tiene estrecha relación con la planificación.

Aunque algunos se apresuran a afirmar que ya todo está claro, que lo válido y eficaz en economía es el libre mercado y que la planificación, la experiencia de la ex- Unión Soviética lo demuestra, sólo lleva a la catástrofe, es preciso reflexionar con cierta tranquilidad respecto de un elemento clave del socialismo. No hay que olvidar que tanto en el terreno de las ideas, como de la acción política, las más importantes luchas históricas del socialismo han estado relacionadas con la economía.

Más aún. Para nosotros nunca la economía ha sido neutra o aséptica, como pretenden algunos tecnoburócratas, sino que está íntimamente relacionada con la política y con el poder. Esto la derecha lo sabe perfectamente, aunque de modo permanente trata de pasarnos gatos por liebres, pretendiendo separar las decisiones políticas de las económicas.

Es cierto que en las raíces históricas de las luchas del socialismo en el siglo XIX, basadas en las aportaciones de Marx, está la valoración negativa del mercado capitalista y la necesidad de crear una economía planificada. Su análisis se basaba en la realidad que conocía: la anarquía en las relaciones del mercado libre, la cual generaba las crisis cíclicas de sobreproducción. Todo esto era para Marx un ejemplo claro de la alienación del hombre por los productos que creaba. Su conclusión fue clara: ante la imposibilidad de resolver estas crisis era necesario liquidar la propiedad privada de los medios de producción y, por lo tanto, también de las mercancías. De todos modos, no deja de ser importante que Marx escribiera en una de sus cartas que si el capitalismo aprendiese a superar el problema de las crisis cíclicas no haría falta eliminarlo como formación. El problema era que no creía que las superase. Por lo demás, la situación

económica, social y política que Marx analizó el siglo pasado, y de las que extrajo sus conclusiones y propuestas políticas, hoy día no existen.

El planteamiento marxista llevado al extremo en la ex URSS, dejando de lado otros análisis del propio Marx respecto de la alienación, según la doctrina elaborada por Lenin, se ha demostrado falso por los motivos. El primero es el conjunto de consecuencias negativas (indiferencia, corrupción, parasitismo, etc.) que el sistema de planificación vertical y obligatorio generó en el sistema productivo del socialismo real y, el segundo, es que el capitalismo aprendió a superar sus crisis de sobreproducción y diseñó otros mecanismos reguladores que eran impensables en siglo XIX como por ejemplo el rol cada vez más activo de los bancos centrales de cada país.

El constatar el error de Marx al valorar el mercado, no significa, automáticamente, como algunos compañeros piensan, el reconocimiento de este mecanismo como plenamente eficaz para satisfacer las necesidades y aspiraciones humanas, puesto que, como socialistas debemos preguntarnos ¿de qué mercado se trata?

Porque es muy curioso hoy día observar que mientras los neo liberales defienden el concepto de una "mano invisible" que lograría el equilibrio preciso entre necesidades e intereses generales, entre oferta y demanda, nada dicen de la capacidad de dominio del mercado de unos agentes económicos sobre otros, capaces, incluso, de violentar los propios mecanismos del mercado. Es decir, nada nos dicen sobre el poder que genera el control del mercado. Los ejemplos que pueden señalarse son muchos. Uno de ellos, el más relevante los últimos tiempos, es el proteccionismo que ejercen los estados más poderosos, vía barreras arancelarias, fijación de cupos o otros métodos, para proteger a sus propios productores. Las verdaderas fortalezas impenetrables desde el punto de vista económico existentes hoy día, como son la Unión Europea, Japón, y la NAFTA, así lo van demostrando.

Respecto de la planificación, el concepto básico de la economía socialista, resulta paradójico que pese a haber caído en el desprestigio intelectual más absoluto, las grandes corporaciones transnacionales planifican de la manera más escrupulosa y eficiente sus desarrollos futuros, utilizando toda la tecnología de los modernos y potentes computadores, para prever las tendencias de la demanda futura, dando a todo esto un tratamiento global. Esto lo hacen no sólo las grandes transnacionales, sino también los estados más avanzados, los cuales se apoyan en técnicas de planificación proyectiva para tomar sus decisiones sobre política fiscal, los pedidos del estado y, sobretodo, para orientar el futuro de sus industrias básicas, de la investigación y del desarrollo.

Todo esto nos obliga a repensar el rol de la planificación en nuestro proyecto socialista, partiendo de un hecho concreto: planificar supone conocer exhaustamente la realidad actual y las tendencias de todo orden que en ella se desarrollan. Para esto se requiere de poderosas herramientas, los computadores, capaces de almacenar centenares de miles de datos y de procesarles en tiempos breves.

Recién hoy día estamos en el umbral de disponer de tales herramientas, por lo que era perfectamente predecible el fracaso total de una planificación centralizada funcionando a base de fichas escritas o mano.

Sin embargo, incluso en la posibilidad cierta de disponer de computadores capaces de almacenar toda la información que queramos, tendríamos que asumir el hecho de la aparición de fenómenos aleatorios en el comportamiento social del hombre. Es decir, nuestro proyecto socialista debe contemplar una planificación participativa, no imperativa, que contenga toda la información necesaria, pero, sobretodo, que tal información esté a disposición de todos los ciudadanos.

Sólo de este modo sería posible reducir, no eliminar, los factores de incertidumbres diseñando posibles alternativas de escenarios futuros, con el mínimo de incertidumbre.

Esta sería la manera más eficaz de poder diseñar el futuro probable, es decir, planificar, sin transformar la planificación en una visión teológica del socialismo, con su componente inevitable de dogmatismo, burocratismo y rigidez, sino en una herramienta para cuyo uso todos ponen sus mejores capacidades de creatividad.

4. El cuarto eje central de nuestro proyecto tiene que ver con las consecuencias sociales de la actual Revolución Industrial.

Una de las principales características de esta revolución son los tremendos avances logrados en la microelectrónica, que ha derivado en un enorme abanico de progresos en computación, robótica, servicios, etc. Esta revolución está superando la cadena productiva, fordismo, taylorismo, cambiándola por los "círculos de calidad"; está sometiendo a profundas transformaciones la organización de las fábricas y la organización de las administraciones; esto alcanza al sector público, a las escuelas, iglesias, sindicatos, en fin a todo, no sólo vía los nuevos métodos de gestión, sino fundamentalmente vía las grandes redes de comunicación social, estructuradas no sólo mediante los enormes medios de comunicación de masas, sino vía fax, teléfono, modem, etc.

Dentro de la lógica del sistema capitalista, estos fenómenos han traído como consecuencia dos conjuntos de problemas: uno, la existencia y aceptación inevitable de la cesantía estructural y dos, la aparición de sectores crecientes de analfabetos tecnológicos/científicos/culturales.

Nuestro proyecto debe enfrentar ambos problemas. Respecto del segundo aquí mencionado, ya lo analizamos cuando comentamos el primer aspecto central en la reelaboración del discurso socialista, al hablar de educación, reciclaje y formación.

En relación con el problema de la cesantía, nuestro proyecto debería recoger alguno de los factores de la realidad concreta: sea cual sea la forma de organización social, no existe posibilidad de trabajo asalariado para todos. Por el contrario, éste tiende a reducirse cada vez más, lo que supone la disminución de la clase obrera y un menor peso específico de ésta.

Sin embargo, el proyecto socialista debe ser capaz de garantizar a todos un determinado nivel mínimo de ingresos. Esto supone, por una parte, la defensa permanente del rol redistribuidor del Estado, y, por otra, luchar por conseguir el consenso social alrededor de nuevos conceptos, como son los de "ocupaciones socialmente útiles"; "nuevos mecanismos de reparto del producto social"; "renta sin trabajo"; "tiempo de ocio plenamente ocupado" y otros. Lógicamente esto último no es posible conseguirlo sin un Estado realmente capaz de redistribuir la riqueza, asegurando un mínimo aceptable común para las mayorías.

En el fondo, se trata de crear conciencia para que todos asumamos el hecho que siendo el trabajo una mercancía limitada, es necesario definir mecanismos solidarios para su repartición entre todas las personas, aptas para trabajar, asegurando a todos los chilenos un mínimo de bienestar socialmente aceptado de acuerdo a la realidad objetiva de la economía del país.

En este sentido debemos ser capaces de proyectar una nueva visión del socialismo, en el marco concreto de nuestra realidad chilena, con una economía inserta en un mercado mundial, donde todos los países entran a competir, cuidando y protegiendo sus mercados.

Esto significa en primer lugar, defender acuerdos internacionales que garanticen a nivel mundial, de forma continuada y controlada, una redistribución de recursos e ingresos para mantener una igualdad aceptable entre los países. En segundo lugar, luchar de modo permanente por la eliminación de los factores de producción a los que no se marca un precio en el mercado internacional: el deterioro del medio ambiente, las bajas remuneraciones, la protección de la salud de los trabajadores, etc. Estos precios deben fijarse políticamente, puesto que no existen mecanismo aceptados por todos para fijarlos. El rol de los sindicatos aquí es fundamental. En tercer lugar es preciso apoyar y potenciar sistemáticamente las organizaciones de consumidores. En la organización actual del mercado de Chile existe una tremenda descompensación entre el oferente y el comprador, en favor de los primeros.

En cuarto lugar, admitir el mercado tiene que significar también el admitir la necesidad de la intervención del Estado, vía una planificación participativa, para asegurar a todas las personas la satisfacción de sus necesidades básicas (nivel mínimo de ingresos). Se trata aquí de conjugar necesariamente la eficiencia económica con los principios consustanciales al socialismo: democracia solidaridad, libertad y justicia. Es decir, ni mercado autónomo respecto de las necesidades sociales, ni plan centralizado por encima, o incluso contra los intereses, necesidades y decisiones de los ciudadanos. Es lo que denominamos "Socialismo de Mercado".

En quinto lugar, nuestra propuesta debe defender e impulsar con fuerza los criterios de descentralización y desarrollo regional y local.

La liberación del espíritu de empresa, con su carga de riesgo permanente, el paso de una mentalidad de seguridad que pretende eliminar la idea del riesgo a otra en que, asegurados los mínimos fundamentales que precisa cualquier ser humano, es necesario arriesgar y crear, supone el diseño de estrategias de organización económica centradas también en la microeconomía.

Para lograr ésto, se hace necesario acercar las tomas de decisiones a los gobiernos regionales y municipales, profundizando en la descentralización del Estado y distribuyendo mayor poder a las instituciones de estos niveles.

En sexto lugar, la propuesta socialista debe contener como idea fuerza fundamental la "responsabilidad ante el futuro". Esto quiere decir una economía que se desarrolla sin destrozarse de tal modo el medio ambiente, que las futuras generaciones tengan que vivir en un planeta deteriorado e insalubre.

5. Finalmente, el quinto eje central del proyecto socialista tiene que ver con las alianzas estratégicas que debe el partido realizar, para llevarlo adelante.

Aquí apuntamos al problema de los movimientos y partidos aliados, capaces también de movilizar las masas en función de sus propias visiones de una "nueva sociedad". Esto requiere de una reflexión profunda que, como socialistas, tenemos que apoyarla en el hecho que la revolución tecnológica en los mecanismos de la producción y de los servicios, tiene por fuerza que generar cambios en la superestructura. Todo ésto significa que la relación entre los factores objetivos con los subjetivos, genera en esos movimientos de masas determinados cambios en su percepción de la transformación social.

Ahora bien. Los cambios subjetivos no son automáticos al cambiar la infraestructura. También hay influencias culturales, religiosas y otras. La importancia del problema es que en el marco social de hoy día, debemos dar una respuesta política a esta problemática, ya que el tema se relaciona tanto con el socialismo como movimiento social como con un planteamiento de nueva formación social. En especial debemos reflexionar para definir con claridad nuestra postura hacia los movimientos (y sus expresiones políticas) que se basan en la religión o en el racionalismo laico.

Cuando Marx dijo que la religión era el opio del pueblo, estaba pensando en la realidad que se vivía en el siglo XIX, cual era la de una iglesia que desempeñaba un papel reaccionario y contrarrevolucionario, oponiéndose a las luchas de las primeras organizaciones obreras contra el feudalismo y contra el capitalismo y su clase en expansión.

Esta era una lucha política, en tanto en cuanto se refería a la disputa del poder, que se alimentó durante muchos años de razones ideológicas. Razones que, a su vez, se alimentaban, de un lado, de la fe religiosa y, de otro, del racionalismo laico y luego también del marxismo, que se proclamaban agnósticos o ateos.

Hoy día está claro que la disputa entre fe religiosa y ateísmo o agnosticismo pertenece a esas áreas del conocimiento humano donde no existe una respuesta definitiva. Son problemas filosóficos que no tienen solución dadas las características de las argumentaciones de ambos lados, que parten de premisas diferentes y que no pueden comprobarse experimentalmente.

Sin embargo, ésto no determina en modo alguno nuestra postura política hacia los creyentes que se agrupan en determinadas formaciones de carácter social o político. En primer lugar

porque hemos aprendido de la práctica concreta que la actuación social de los seres humanos no siempre se motivan en la fe religiosa y, en segundo lugar, porque las iglesias, en especial la católica que es la que nos interesa en Chile, ha evolucionado críticamente en su percepción del capitalismo.

Hoy día las cosas son muy diferentes. Hoy se trata de determinar si los movimientos sociales de masas con una cultura profundamente religiosa son o no aliados objetivos para acercarnos a la utopía socialista. De esto no se desprende absolutamente ninguna conclusión respecto a las formas y métodos con que nosotros seguiremos defendiendo las posturas científicas de nuestros razonamientos frente a la metafísica de la religión.

Este es, en realidad, un problema filosófico que, aunque de algún modo se relaciona con el problema político y práctico, ya no es determinante como ocurría en el pasado.

Lo que se deduce de esta conclusión, como planteamiento para la acción política, tendremos los socialistas que establecerlo para cada caso, de manera concreta y por separado, ya que son muchas y complejas las variables que entran en juego.

Pero el asunto debe quedar hoy meridianamente claro: no hay razón alguna que impida las alianzas estratégicas entre el socialismo y los partidos de la influencia religiosa que compartan la utopía de un mundo mejor.

En lo que respecta al racionalismo laico, no marxista, debemos tener presente que importantes intelectuales de esta corriente plantean hoy día que, en definitiva, los valores universales y permanentes, se ha demostrado que son los de la revolución francesa. Muchos de sus dirigentes retrotraen así, con un aire "post moderno", la discusión a algo más profundo: no

importa el lugar que una persona ocupe en la escala social, lo importante es que sea eficaz y eficiente. En otras palabras, el objetivo utópico es lo de menos, lo que importa es el camino que se sigue.

Este planteamiento quizás hoy día esté de moda en amplios sectores ideológicos, sin embargo, como socialistas debemos tener muy presente que muy pronto la gente empezaría a preguntarse hacia donde conduce el camino que han de seguir. Y habría que responder a esa pregunta. Los ecologistas, el feminismo y otros movimientos sociales hoy en embrión, ya comienzan a dar sus propias respuestas. Respuestas que debemos tener la capacidad de integrar en nuestro proyecto.

Durante muchos períodos de la historia chilena el pensamiento laico y racionalista ha tenido una profunda influencia social, que ha determinado importantes avances en los procesos de modernización de Chile. El mismo y más profundo rol ha jugado el socialismo.

En algún momento, sobretudo en el período de mayor expansión de los procesos revolucionarios, exitosos o no, existentes en América Latina, el pensamiento racionalista se dividió en dos prácticas políticas: una que se acercó y estructuró alianzas con el proyecto socialista de entonces y otra que se alió a la derecha.

Hoy día este pensamiento redefine sus señas de identidad en el marco de una práctica política concreta cual es la Concertación. La posibilidad de estrechar alianzas con ellos supondrá un esfuerzo permanente para lograr el consenso respecto de que no basta con señalar el camino del progreso, sino que es necesario indicar también el objetivo utópico que se persigue.

Pensamos que la posibilidad real de reconstrucción de un poderoso movimiento de izquierda en Chile pasa por aceptar esta premisa, e integrar en un amplio bloque político todos los movimientos sociales que presentan sus utopías de un mundo mejor como también los caminos democráticos que proponen para alcanzarlos y, sobretodo, capaces de ofrecer soluciones concretas a los problemas concretos de la gente.

Porque el socialismo de las próximas décadas deberá asumir e incorporar en su proyecto todas las demandas concretas de colectivos concretos, sin perder el horizonte de su utopía central: una sociedad sin dominadores ni dominados, sin explotadores ni explotados.

Como socialistas queremos expresar que nuestro proyecto puede y debe garantizar un futuro esperanzador, pero, para ello, el Partido Socialista, puede y debe reafirmar su identidad, reelaborar y afirmar sus instrumentos teóricos, asumir su historia y su cultura, mantener la conciencia de su capacidad movilizadora y transformadora de la sociedad y, sobretodo, mantener su capacidad de aprendizaje y reelaboración permanente, porque, precisamente, el socialismo es un proceso constante de acercamiento colectivo a la utopía de una sociedad mejor.